

«Un libro que desaconsejo comprar, e incluso
hojear en una librería, porque quien lo haga
terminará leyendolo de cabo a rabo».

MARIO VARGAS LLOSA



PAUL THEROUX

La sombra de
Naipaul

Biografía de una amistad

La sombra de Naipaul es el demoledor relato del principio, desarrollo y final de la amistad entre el autor y el premio Nobel de Literatura sir Vidia S. Naipaul.

Theroux y Naipaul se conocieron en Uganda en 1966, cuando el primero tenía veintitrés años y era profesor en la Universidad de Makerere, y Naipaul ya era un escritor importante, autor de *Una casa para Mr. Biswas*.

Tras el tiempo compartido en África, la relación entre ambos autores –en la que Theroux era el joven aprendiz y Naipaul el maestro– se convirtió en una profunda amistad que perduraría a lo largo de los siguientes treinta años y a lo ancho de los cinco continentes.

Alimentado por una continua correspondencia, visitas y llamadas telefónicas, el vínculo de lealtad entre estos dos escritores finalizó abruptamente en 1996, cuando Theroux descubrió que sus libros –firmados y dedicados por él a su amigo y mentor– estaban a la venta en una librería de viejo. Como única respuesta, Naipaul quemó todos los puentes, y Theroux decidió escribir este libro...

Pero *La sombra de Naipaul* va más allá de la traición y la venganza. Theroux escribe por la herida y, desde el dolor, consigue poner de manifiesto el complejo mecanismo que existe en toda amistad, además del muestrario de mezquindad, cobardía y oscuras envidias que carga, como un fardo, todo ser humano.

Debes concederme el placer de ver qué aspecto tengo. Sería como escuchar mi propia voz, como verme a mí mismo caminar por la calle. No te cohíbas. Sé, por ejemplo, que alguna vez fui joven y que he cambiado; con el tiempo he perdido y he ganado, y en ocasiones me he extraviado. ¡Muéstramelo!

V. S. NAIPAUL, *carta a Paul Theroux,*
17 de abril de 1970

Que un individuo quiera despertar en otro individuo recuerdos que no pertenecieron más que a un tercero, es una paradoja evidente. Ejecutar con despreocupación esa paradoja es la inocente voluntad de toda biografía. Creo también que el haberlo conocido a Carriego no rectifica en este caso particular la dificultad del propósito.

JORGE LUIS BORGES,
Evaristo Carriego

PRIMERA PARTE

ÁFRICA

1

Famoso en Kampala

Es una suerte que el tiempo sea una luz, pues hay demasiadas sombras farfullantes en la vida, y el futuro no es más que silencio y oscuridad. Pero el tiempo pasa, y su antorcha ilumina, descubre conexiones entre las cosas, da sentido a la confusión y revela la verdad. Apenas tienes conciencia de lo extraña que es la vida hasta que has vivido un poco. Es entonces cuando lo captas. Has envejecido y miras atrás. Llega un momento en que lo entiendes y piensas: «Lo veo todo claramente. Lo recuerdo todo».

En ocasiones el camino a la revelación es corto. Apenas unos días después de conocerlo, Julian se percató de que lo que había tomado por una sonrisa en el rostro de U. V. Pradesh formaba parte en realidad de una expresión de sufrimiento exquisito, casi propio de un mártir. Su nombre completo, Urvash Vishnu Pradesh, era el más salivoso que Julian había oído, pues obligaba a quien lo pronunciaba a chuparse el interior de las mejillas y remojar la lengua en sus espumosas sílabas.

El hecho de que mucha gente en Kampala jamás hubiese oído hablar de U. V. Pradesh lo enaltecía a ojos de Julian. Algunos lo calificaban de brillante y difícil. Era más bajo y frenético que cualquiera de los indios del lugar, que, aunque podían llegar a ser mordaces, siempre actuaban con disimulo. El rostro de U. V. Pradesh, que se crispa-

ba en un gesto de desaprobación, relucía a causa del calor de Uganda.

Debajo del sombrero tenía el cabello pegado al cráneo y brillante. Los indios ugandeses no llevaban sombrero, seguramente porque algunos africanos ugandeses sí lo hacían.

U. V. Pradesh rara vez sonreía; sufría un montón, o al menos eso afirmaba. La vida era un suplicio, escribir lo atormentaba enormemente y, aseguraba, aborrecía África. Estaba asustado. Mucho tiempo después, le explicó a Julian que lo intimidaba la «gente de la selva». Tenía miedo de que lo «devorase la selva, miedo de la gente de la selva». U. V. Pradesh, recién llegado a Uganda, contemplaba el lugar con expresión de asco. A raíz de unos comentarios suyos sobre la pasión africana y su propio comediamento, Julian creía percibir en él un fuego amortecido.

De hecho, U. V. Pradesh tenía motivos para sentirse asustado. El *kabaka* de Buganda, sir Edward Frederick Mutesa, conocido por los ugandeses como rey Freddy, corría el peligro de que lo derrocaran y asesinaran los soldados de las tribus norteñas. Los alborotos llegaron después, y éstos se vieron eclipsados a su vez por calamidades incluso más tristes y violentas de lo que U. V. Pradesh había pronosticado.

—Escúchame, Julian.

Julian, que no hacía otra cosa que escuchar, deseaba que U. V. Pradesh lo llamase Jules, como hacían sus parientes y amigos.

—Julian, todo esto volverá a ser selva —aseguraba U. V. Pradesh, a veces en tono de reprimenda y otras como si lanzara una maldición. La mueca de sufrimiento aparecía de nuevo, mientras caminaba bajo los oblicuos rayos del sol de Kampala, con su sombra aferrada a él como un ceño—. Todo volverá a ser selva.

Cuando estaba seguro de lo que decía o le gustaba el sonido de sus palabras, repetía la frase como una muleti-

lla. Puesto que siempre estaba seguro, sus repeticiones, una especie de salmodia que añadía eco a su discurso, eran frecuentes, aunque todavía se apreciaba en la entonación el levísimo sonsonete de las Antillas, lugar donde había nacido y escenario de muchas de sus novelas.

Al principio Julian no sabía nada de esto, ni siquiera a qué correspondían las iniciales U. V., y tardó mucho en comprenderlo. Demasiado joven para mirar atrás, no conocía otra cosa que el terror a tener que avanzar con la vista al frente, fija en la amenazadora oscuridad, inseguro y espantado por no ver ante sí más que incertidumbre, opciones terribles o inexistentes, el riesgo y la duda.

Cuando Julian era joven y estudiaba con ojos entornados el enorme e ilegible mapa de su vida, ni siquiera la deslumbrante luz de África le era de mucha ayuda. Aun así, estaba esperanzado. Se consideraba en posesión de todo cuanto deseaba, en especial de *baraka* (buena fortuna o bendiciones, en suajili). Aunque ejercía de profesor, dedicaba casi todo su tiempo a escribir. No le importaba que en Estados Unidos nadie lo conociese. Era famoso en Kampala.

«Da gracias por lo que tienes, Jules —le había dicho su padre antes de que se marchara de casa—. Nadie te debe nada».

Se trataba de un consejo sensato para alguien dispuesto a partir hacia un país africano. Julian se sentía afortunado cada vez que le salían bien las cosas, sobre todo un año después de llegar a Uganda (el tercero que pasaba en África). Tenía un buen trabajo, un coche fiable y una casa bien protegida del sol. Uganda era el sitio más verde que hubiese visto jamás. Estaba enamorado de una chica africana. Ella contaba diecinueve años y él veinticuatro. Estaba trabajando en una novela. Su vida, por fin, había comenzado.

La chica africana, Yomo Adebajo, esbelta y de la misma estatura que Julian (alrededor de metro ochenta), proce-

día de una tribu de gente alta y majestuosa de la región occidental de Nigeria. Julian, que había estado allí de viaje el año anterior, la invitó a África oriental, y así, sin más, ella cruzó el continente para encontrarse con él. En Uganda, hervidero de chismorreos y escándalos protagonizados por los expatriados, se criticó mucho su relación; el hecho de que vivieran juntos sin estar casados, las distancias que guardaban con otros residentes en Kampala y la forma de vestir de ella. Los africanos occidentales, poco comunes en Uganda, resultaban mucho más exóticos que los blancos o los indios. Las ugandesas llevaban faldas y vestidos (que designaban con la palabra inglesa *frock* en vez de la más habitual *dress*) y túnicas con mucha caída y mangas de jamón con volantes, términos anticuados para una indumentaria pasada de moda y diseñada por misioneros de principios del siglo XX en nombre del recato. Yomo llamaba la atención como una princesa de cuento con sus vestidos amarillos y morados, su tieso turbante de brocado y su faja, tejida con hilo de oro.

La joven tenía los ojos negros, soñolientos, y un rostro cincelado como el de las fascinantes figuras de bronce que pueden verse en su región de Nigeria. En la pobre y provinciana Uganda, creían que era etíope o egipcia («nilótica», decía la gente, tomándola por una visitante del Alto Nilo, alguien que, a juzgar por su aspecto, podría haber llegado sentada en una alfombra voladora).

Los ugandeses se comían a Yomo con los ojos (como eran más pequeños, tenían que alzar la vista), como si hubiese venido de un país dominado por la raza superior de negros que moraban al otro lado de las montañas de la Luna.

Yomo se burlaba de ellos y comentaba: «Qué primitiva es la gente aquí en Uganda».

Ella era incluso más sensual de lo que parecía. Cuando hacía el amor con Julian, cosa que sucedía a menudo, siempre a la luz de las velas, aullaba con avidez en el éxta-

sis como un adicto al recibir una dosis, mientras ponía los ojos en blanco, igual que un zombi ciego capaz de verlo todo. Sus gemidos y las sacudidas de su cuerpo hacían danzar las llamas de las velas. Después, relajada y adormecida, aturdida por el sexo, se tendía sobre Julian como una serpiente y le suplicaba que le diera un niño.

–¡Jules, dame un niño!

–¿Por qué?

–Porque eres listo.

–¿Quién lo dice?

–Todo el mundo.

Era muy conocido en Bundibugyo; la gente lo saludaba en Gulu y en West Nile; gozaba de fama considerable en Kampala. Esto se debía en parte a que escribía artículos imprudentemente parciales en la revista local *Transition*. Defendía a los indios, ridiculizaba a los políticos e insultaba a los cultivadores de té y a los magnates azucareros. Un plantador mandó una carta a la redacción con la promesa de que golpearía a ese tal Julian Lavalle si se topaba con él en la calle.

Sin embargo, la razón más profunda de su celebridad en Kampala no tenía nada que ver con sus escritos sino con el hecho de que los tribunales lo habían citado en un sonado caso de divorcio como corresponsable, delicado término legal que designaba al tercero en un adulterio. Le habían asegurado que el asunto no se divulgaría, pero un día después de la vista, su nombre apareció en el *Uganda Argus*. Todo el mundo lo leyó, y de inmediato lo tacharon de traidor y sinvergüenza, porque el cornudo (es decir, el demandante) era su mejor amigo.

Aunque Julian no le había puesto la mano encima a la esposa de aquel hombre (es decir, la demandada), su amigo juró que lo había hecho en repetidas ocasiones, tal como se describía en el párrafo 5, «que aproximadamente el día 23 de agosto de 1965 la Demandada cometió adulterio con JULIAN HENRI LAVALLE (en adelante el Corresponsa-

ble) en Kampala», y en el párrafo 6, «que a partir del dicho día 23 la Demandada ha cometido adulterio con frecuencia con dicho Corresponsable en fechas y direcciones desconocidas para el Demandante salvo por la circunstancia de que algunas se encuentran en Kampala, Uganda, como se ha señalado anteriormente».

Había más mentiras: «Que el Demandante no ha aprobado en modo alguno dicho adulterio». No, su mejor amigo había dicho que si Julian quería y la mujer se prestaba a ello, podía llevársela a la cama cuantas veces quisiera. Y luego: «El Demandante no ha sido cómplice de dicho adulterio ni lo ha consentido en modo alguno». No, había instado a Julian a cometerlo, le había rogado que fuese su cómplice. Y luego: «Que esta Demanda no se interpone en connivencia con la Demandada o con el susodicho Corresponsable». No, todo era en connivencia.

Un día Julian recibió la inquietante visita del pasante de un abogado indio, que le entregó un documento primorosamente presentado. Estaba firmado y sellado. El sello oficial de Uganda mostraba un escudo de los nativos con fajas dentadas y ondeadas intercaladas con gules, un sol sobre un tambor, ambos en plata, lanzas cruzadas detrás del escudo, sostenido por dos criaturas; el soporte diestro era una gacela rampante y el siniestro, una grulla crestada. Bajo el escudo, el suelo aparece cubierto de flora autóctona encima de una cinta con el lema de Uganda: «Por Dios y mi país».

El documento, una citación para comparecer ante el Tribunal Supremo de Uganda, llevaba la firma de E. A. Oteng, archivero jefe suplente, y contenía una advertencia: si Julian no se presentaba en una fecha determinada, el Demandante –su amigo y cómplice– podía seguir adelante con el pleito y se emitiría el fallo en su ausencia. «No le pediría a cualquiera que hiciese esto –le había asegurado su amigo–. Te lo he pedido a ti porque no conozco a nadie a quien respete más». Acto seguido, le prometió

que no se publicaría un solo detalle del caso en la prensa. La estratagema nunca saldría a la luz. Así pues, Julian accedió, y entre los dos inventaron la historia de una relación adúltera a fin de acelerar el proceso de divorcio. El hombre deseaba casarse de nuevo, y la mujer irse a un *ashram* del sur de la India. La fornicación era ilegal, pero las mentiras de Julian lo hacían culpable de una infracción aún peor; en Uganda, la connivencia en semejantes circunstancias constituía un delito más grave que el propio adulterio.

—¿No es amigo suyo el señor Lavalle? —había preguntado el juez.

—Sí, su señoría.

—¡Menudo amigo!

A la mañana siguiente, el nombre de Julian apareció en el *Argus*. La letra pequeña de la columna que describía el proceso judicial resultaba tan escandalosa como un titular.

—¡Estos *shenzi* africanos siempre te fallan! —se lamentó su amigo. *Shenzi* quiere decir inútil—. ¡Fui un imbécil al confiar en esos idiotas cajistas de ese periódico *shenzi*!

De modo que Julian se hizo célebre. Su fama de perverso cuadraba con la imagen que él mismo se había formado de los escritores, que por aquel entonces no eran los rostros geniales y habituales que inundan esta era de la propaganda y que se dedican a la venta y distribución de sus libros: leyendo ante pequeños grupos de personas muy serias que podrían pasar por cristianos primitivos en la librería de la esquina, charlando con el hombre anodino con ojos de besugo y cabello engominado en un programa televisivo matinal, bromeando en la radio o de madrugada con su entrevistador, la auténtica estrella y la verdadera causa del encuentro vulgar y excesivamente familiar.

Antes de esta era de bombardeos publicitarios que más que el libro nos venden al autor, ésta era una figura misteriosa y en cierto modo mítica, invariablemente un so-

litario sobre el cual circula toda clase de rumores; un proscrito, un enigma, un exiliado. El aislamiento y los silencios de los escritores los convertían en personajes más interesantes, sin otra aura que la de su nombre. En muchos casos, el autor carecía de imagen pública y sólo se conocía de él su obra. Hoy en día el rostro es lo primero y el libro lo de menos. En esa época, el escritor era gnómico, una especie de sacerdote, un mago que no sólo escribía libros, sino que creaba nuevos mundos e inventaba el lenguaje. Así eran las cosas cuando Julian era muy joven, en los cincuenta y principios de los sesenta. Un escritor era un héroe.

En Kampala, Julian era un advenedizo, conocido en aquella ciudad africana por su desparpajo típicamente estadounidense. Cuando cobró una vaga conciencia de su propio descaro, reflexionó sobre él y pensó: «Estoy solo. Llevo las riendas de mi vida». Gozaba de la libertad de hacer lo que quisiera, pero disponía de medios limitados. Se imaginaba a sí mismo instalado definitivamente en África, adentrándose con los años en la selva para, por último, establecer su hogar al otro lado de las montañas de la Luna con Yomo, su nigeriana. Conocía el sitio exacto, un claro situado cerca del pueblo de Bundibugyo, al pie de las escarpadas Ruwenzori, rodeado de la musgosa y húmeda penumbra y el vítreo verdor de la selva de Ituri, entre los pigmeos mbutis y los bwaambas, que habitaban un pequeño poblado de la frontera con el Congo, en el corazón de África.

Había viajado al lugar en múltiples ocasiones, y le encantaba por su carácter recóndito. Los padres combonianos de la misión de Bundi se limitaban a reírse de la selva. Ya hacía tiempo que habían perdido toda esperanza de lograr una conversión generalizada, y un sacerdote de más de ochenta años que estaba trabajando en un diccionario se lamentó ante Julian, en una confidencia de lector a lector, de que a menudo los lugareños, tanto mbutis como

bwaambas, se contradecían respecto de la definición o la pronunciación exacta de una palabra. El idioma era vacilante. *Ndongola* significaba «Creador»... No, se decía *gon-gora*... ¿o era *gangara*? El anciano cura sabía que jamás terminaría su traducción de los Evangelios, pero daba igual; los sacerdotes llevaban tanto tiempo allí que habían sucumbido al embrujo de los bwaambas y habían adoptado muchas costumbres montaraces. Incluso parloteaban y dejaban todos sus quehaceres para más tarde, al igual que los bwaambas y los pigmeos. Al menos uno de ellos había engendrado a algunos de los niños de color café que jugaban cerca de la rectoría y que alimentaban en Julián el deseo de ver a sus propios hijos de piel morena correr por esas tierras inexploradas.

«Qué primitiva es esta gente», comentaba Yomo con una profunda carcajada nigeriana y los altivos párpados caídos que tanto la embellecían. Aun así, prometió que se marcharía con él. Se figuraba que ella y Julian serían los únicos seres humanos de verdad en ese lugar. También le dijo que lo seguiría allí donde fuese, lo que acrecentó su amor por ella. Aquel pequeño y húmedo valle que se extendía detrás de las montañas, enclavado en la inmensidad del Congo oriental, era un sitio idóneo para perderse. No figuraba en los mapas, de modo que la tarea de ubicarlo recaería enteramente en Julian. Como escritor, lo que más anhelaba era poseer un mundo propio, y ahora estaba en condiciones de crearlo en aquel paraje prácticamente virgen e inaccesible. No se trataba de Bundibugyo, sino de un lugar cercano a Bundibugyo, y ¿dónde estaba Bundibugyo?

A Julian, cuya carrera literaria apenas empezaba, le venía bien vivir en una república poblada en su mayor parte por analfabetos. No importaba que sólo unos pocos supieran leer. Su secreto permanecería a salvo; la actividad de escribir en sí resultaba inconcebible, y él no hablaba de ello con nadie, pues sus logros como escritor eran más

bien exiguos. No ignoraba lo que valía la fama en Kampala. De todos modos, lo conocían más como un adúltero renombrado que como un autor que publicaba. A Yomo, que estaba al corriente de la verdadera historia del caso judicial, le parecía un engaño divertidísimo, al estilo de Nigeria, tanto más cuanto que no había habido otra víctima que la ley.

Yomo dormía hasta tarde, con su negra desnudez totalmente momificada entre las sábanas blancas; lo llamaba a gritos, exigiéndole un beso, y luego lo besaba y le chillaba en la boca que quería un bebé. Después él se marchaba a impartir sus clases. Al terminar, se encaminaba hacia la sala de profesores del edificio principal, donde se tomaba un café y leía el periódico. Almorzaba en casa con Yomo, luego se echaba una siesta, ella le arrancaba la ropa y hacían el amor: «¡Hazme un niño!». Al atardecer recogía su correo, se iba al club de profesores y bebía hasta que Yomo llegaba para avisarle que la cena estaba lista. Los ugandeses coqueteaban con ella, pero cuando se ponían demasiado impertinentes, los amedrentaba espetándoles: «¡A la mierda!».

En el terreno, densamente arbolado, pacían los elefantes y trotaban las jirafas, entre suaves y verdes colinas y por la amarillenta sabana salpicada de acacias espinosas de copas mochas. Había lagos enormes. El lago Victoria era un mar interior. Incluso los sembrados de Uganda resultaban agradables a la vista, pues no existía espectáculo más exuberante que el de una ladera cubierta de plantas de té de color verde jade y hojas frescas. Los cafetos tenían un aspecto encendido y festivo cuando las bayas estaban maduras. Los cañizales eran densos y, por alguna razón inexplicable, la carretera que discurría a su lado en dirección a Jinja siempre estaba tapizada de mariposas blancas, en cantidades tales que a veces los coches patinaban al circular por ella. Allí donde hubiese agua, había hipopótamos, y en el Nilo Blanco no faltaban los cocodri-

los. Un árbol encantado de Mubende era especialmente malévolo, pero la ofrenda de una piel de serpiente o unas plumas servía para contrarrestar la magia. Un cráneo de un marrón grisáceo encajado entre las raíces de un banano daba tan mala espina que nadie se atrevía a quitarlo de ahí. El clavo que lo atravesaba no era una idea de último momento, sino la causa de la muerte. Aunque un príncipe había llevado a cabo la ejecución, un rey la había ordenado. Uganda era un país de reyes con títulos extravagantes –el *kabaka* de Buganda, el *omukama* de Toro, el *omugabe* de Ankole, el *kyabazinga* de Busoga–, y todos ellos vivían en palacios frágiles y ruinosos cercados por empalizadas de bambúes afilados.

Julian conducía por los polvorientos caminos en compañía de Yomo y se detenía en las aldeas para conversar con los maestros rurales. En su calidad de miembro del Departamento de Actividades Externas, debía viajar a lugares remotos del país: a Gulu, Lira y Rhino Camp, en el norte; a West Nile, donde tomaban a Yomo por sudanesa; a Trans-Nzoia, población cercana al monte Elgon, un cono volcánico perfecto; a la frontera con Ruanda, a través de cuya purpúrea niebla se vislumbraba una cadena de volcanes de color verde azulado.

Uganda, que no había sido una colonia sino un protectorado, había conocido tan pocos asentamientos europeos que sus habitantes apenas albergaban resentimiento hacia los blancos y no habían expulsado a ninguno de ellos a patadas, a diferencia de lo ocurrido en otras zonas del continente. Los *muzungus* constituían una curiosidad, no una amenaza. Los ugandeses estaban orgullosos de sus reyes, que aventajaban en todo a cualquier europeo; los políticos extranjeros y algunos exploradores tan ingeniosos como Burton habían encontrado en ellos la horma de su zapato. La lección para los misioneros residía en que Uganda era célebre por haber dado al mundo muchos de los primeros mártires cristianos de África, cuando el abue-